

El Imperialismo Yanqui y la Discriminación Racial

por PEDRO MARTINEZ

Se ha discutido mucho en los últimos días, por la prensa y en los corrillos populares, sobre la discriminación racial que se practica en los Estados Unidos. Se le ha llegado a calificar de "canibalismo racial".

Por supuesto, han salido a la discusión los panegiristas del modo de vida norteamericano, para "demostrar" que en la "gran democracia yanqui" los negros son tratados de igual manera que los blancos, y que el racismo antijudío no existe en lo más mínimo.

Pero las persecuciones raciales en la "democracia" norteamericana son tan evidentes todos los días, que la propia Embajada norteamericana en nuestro país no se ha atrevido a desmentir oficialmente a quienes se han referido al "canibalismo racial yanqui", sino que ha tenido que hacerlo al través de individuos que desde hace mucho han perdido su dignidad y están dispuestos a decir que el caballo blanco de Napoleón es negro, con tal de que con eso queden agradados los funcionarios de la Embajada del país de los dólares.

El racismo en los Estados Unidos no es, por otra parte, una novedad. Es un fenómeno viejo, más aún que el racismo que practicó contra las llamadas razas inferiores Adolfo Hitler.

Las pretensiones de los racistas norteamericanos se fundamentan en el propio MEIN KAMPF. En ese libro se lee lo que sigue:

La historia establece, con evidencia espantosa, que cuando el Ario ha mezclado su sangre con la de los pueblos inferiores, el resultado de este mestizaje ha sido siempre la ruina del pueblo civilizador. Los Estados Unidos de Norteamérica, cuya población está compuesta, en su enorme mayoría por elementos germánicos, que solamente en muy reducida escala se han mezclado con pueblos inferiores que pertenecen a razas de color, presenta una humanidad y una civilización diferentes de las de América del Centro y del Sur, en las cuales los inmigrantes de origen, en su gran mayoría, se han mezclado fuertemente con los autóctonos

Y más adelante agrega Hitler:

El germano, que ha seguido puro y sin mezcla, se ha convertido en el amo del continente americano y seguirá siéndolo mientras no se sacrifique, a su vez, a una contaminación incestuosa.

El imperialismo norteamericano, en esencia igual al imperialismo alemán que dominó la política europea antes de la guerra y que pretendió alcanzar, como hoy Estados Unidos, el papel dirigente de todo el mundo, sigue las ideas racistas que son comunes a todos los regímenes imperialistas, y trata de mantener la llamada "pureza" de la raza, para conservar y aumentar su posición política.

El insolente gringo de la United, o de la Panamericana, o de la Union Oil Co., o de cualesquiera otras empresas comerciales yanquis, viene a nuestros países a tratar a los nativos de estos lugares como si fueran de verdad razas inferiores, con las cuales no deben contaminarse. El ciudadano de Centro América es para el insolente imperialista un ser que se encuentra muy por debajo del norteamericano de sangre pura, de pelo rubio, ojos

azules y masticador indiferente de chicle. Si el centroamericano es un jornalero, se le trata como a un perro infecto, que debe estar contento con el salario de hambre, y con la pocilga inmundicia. Si el centroamericano es político de influencia, se le ordena la sumisión. Para lograrla, hasta se le pueden tirar unos dólares, pero si este los rechaza por dignidad y patriotismo, como fue el caso de Jacobo Arbenz, entonces se le acusa de ser agente de una potencia extranjera.

Si la situación del "grasiento" latinoamericano es humillante en los Estados Unidos, la situación del negro es peor aún.

El gran artista norteamericano Paul Robeson en 1949 desde Nueva York envió al mundo, que le admira y le quiere, un mensaje denunciando algunos aspectos de la vida de los negros en los Estados Unidos.

Actualmente —decía— en los Estados Unidos, la población negra forma el núcleo de la lucha contra la guerra y el fascismo. Trescientos años de opresión y de terror han llevado a mi gente a la línea de vanguardia de esta lucha.

No hay democracias para las masas negras. Las posiciones alcanzadas por unos pocos no pueden compensar, sino que de hecho se emplean para justificar las injusticias que se cometen contra los millones de negros a quienes se les niega el derecho al voto dan de ello testimonio abrumador.

El desempleo es un espectro en pie ante la población negra. El 31 por ciento de los jefes de familias negras gana menos de 500 dólares al año. Otro 44 por ciento gana de 500 dólares a 1000 al año. Así pues, el 75 por ciento de mi pueblo gana menos de la tercera parte de lo que se considera necesario para mantener una familia de 4 personas.

Somos los últimos a quienes se emplea y los primeros a quienes se despide.

Las siete décimas partes de nuestros agricultores carecen totalmente de tierras, y las plantaciones de algodón llegan hasta la puerta misma de sus casas. La abrumadora mayoría vive en casas desde donde el cielo, la tierra y los árboles circundantes se ven perfectamente sin salir al exterior.

Cinco mil negros han sido linchados. Y ni un solo linchador ha sido llevado ante a justicia. Ni uno solo ha sufrido pena por tan tremendo crimen.

Y la denuncia de Robeson continúa llenando varias cuartillas tan terribles como los párrafos que hemos reproducido.

Los negros, junto con lo más consciente de la clase obrera norteamericana, que no se ha dejado corromper por la propaganda imperialista, mantienen una posición de vanguardia en la lucha contra los opresores. El mismo Robeson lo dice en ese mensaje:

"Los negros saben que no pueden esperar nada del imperialismo americano. El imperialismo americano no puede cesar en su terror racista..."

Cuando el negro Maceo Snipes, héroe de la Segunda Guerra Mundial, fué con su medalla en el pecho a votar al condado de Taylor, se esperó que llegara a su casa,

—(Pasa a la Pág. 7*)—